

CAPILLA ALFONSENA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS NOCHES

DE TODOS LOS DÍAS

Las otras noches eran más negras, eran más tristes que las noches de todas partes.

La noche también tiene amores para los pueblos que la aman. Extiende sobre ellos de mejor grado la hermosa cortina azulada; les da más resplandores y no les deja nunca en tinieblas; pero en los pueblos como éste, en que excepto la Noche, no saben que haya noche, encarga al sol que se cuide de ellos, que él tiene vida para iluminarlo todo, y no se suscitan las vagas luces de la obscuridad.

¿Qué sacarían? Nadie saldría á verlas; no las comprenderían, no les dicen nada las extensas quietudes á esos hombres que no hablan.

Si sale alguna estrella nueva, no se dan el gozo de verla; si se echan á correr como lluvia luminosa, no alzan la cabeza para mirarlas; si asciende por la vía silenciosa del espacio un cometa de dorada cabellera, le miran supersticiosos y le acha-

can todas las epidemias. Ni á la estrella de Oriente habrán seguido estas gentes sin sueños. No es para ellos la noche; han visto una, y duermen todas las demás.

Salen las estrellas porque su misión es salir, y sale la luna y no se la mira en aquel pueblo. Pasa porque pasar es su camino; pasa en lo alto y envía su claridad muerta, pero aparta la cabeza para no verle, y dulcemente inclinada, mira á lo lejos, mira á tierras que aún la tienen por diosa, en las que aún hay enamorados, en las que aún gusta amarse á sus miradas y contarle los secretos del corazón, en que aún se encuentra consuelo en sus besos, en que aún no es sólo de poetas el decirle las tristezas, ni el pedirle consejo, ni el confiarle las añoranzas; en que es la reina de la noche, la virgen blanca, la hostia melancólica, la amiga de los corazones enfermos, y no el farol solitario para dar luz á la obscuridad.

¡Y qué obscuridad la de las noches de todos los días! ¡Y qué silencio! La muerte misma tiene ruidos de renovación que el espíritu adivina detrás de las tumbas; tiene crugidos de lo que cae, tiene gotear de estalactita, tiene desmoronamientos de ruina; pero la quietud de aquellas noches es más que quietud; es una suspensión del vivir, es la vida que se detiene, es la muerte que calla, que se para, que no va; es la muerte que muere, que descansa y que espera. Ni un rumor en los árboles, ni una luz en las casas, ni un suspiro en las calles, ni un

¡ay! de noche, ni un lamento de sombra, ni una chispa de voz, de esas voces indecisas que salen de la sombra de la noche. Todo calla. Hasta las aguas del torrente parece que se paran, y parece que todo ha concluído, como si las quietudes del polo nos cubriesen con sudario de frío, como si viviésemos en lo hondo del mar, como si nos detuviera el polvo con una niebla de sordera.

No puede ser que todo calle de este modo. Es el hombre que se acostumbra á no escuchar y va perdiendo poco á poco el sentido de oír las cosas vagas; no debe ser que no hablen las cosas; es que, á fuerza de no comunicarnos con ellas, acabamos por no comprenderlas. Uno se va volviendo sordo de espíritu en esos pueblos de prosa; ciego de belleza, insensible á todas las sensaciones.

Harto deben correr las cascadas y cantar, locamente hermosas, á la tibia luz de la luna; harto deben llorar las fuentes sus esmeraldas de lágrimas; harto debe cantar sus amores el ruiñón bajo el castillo de una encina; hartos estremecimientos de la otra vida deben pasar deslizándose para buscar las almas; harto debe crugir la tierra y harto debe quejarse, y harto debe minar la muerte; pero uno ya no lo oye, ni lo ve; uno ya vive muerto de indiferencia.

A fuerza de estar detenida esa arpa nerviosa que todos llevamos dentro, también se ha ido llenando de polvo: ya no vibra, ya es un mueble más de aquellos desvanes del pueblo.

EL CEMENTERIO

Y hasta el cementerio era triste en aquel pueblo. Era triste, porque tampoco era triste ni alegre. Ni allí, ni con los muertos, se encontraba uno de esos huertecitos de poesía que tan de buen grado se respiran.

¡Ni un árbol, ni una sombra, ni alfombra de hierba, ni un toldo de verdor para el último sueño!

Y ¡qué mal se debía *vivir* allí, y qué pocas ganas de morirse daba aquel desierto!

Cerrado por una cerca de mortero, del mismo mortero de la estación, tan lisa como la estación, se entraba por un portalón de fábrica. Separaba el depósito la última sala de espera, desamueblada y fría como el cuarto de la fonda; el cuartito de autopsias, pequeño y pintado como una despensa de personas, y ya estábamos dentro del cementerio.

El cementerio era un cementerio cultivado, labrado, llano: un campo preparado para la siega.

Todas las cruces, plantadas con simetría como las cepas de una viña; todos los nichos, iguales, como estantes; todos los letreros despidiéndose de la misma manera y con las mismas palabras. Igualdad por todas partes, igualdad de sitio, igualdad de lágrimas, igualdad de sentimiento, de luto, de añoranza, de tristeza, de indiferencia, de «alabado sea Dios», de «le llegó su hora», de «más vale que haya sido él que nosotros». La fosa común, numerada; la muerte, como alojamiento; la tierra, convertida en tablero de ajedrez; la tumba, en cuartel; el rincón íntimo de la sepultura, en camarote de emigrante embarcado para la otra vida.

No tenía nada de camposanto aquel camposanto: era un pedazo de tierra, un pedazo más de tierra en el que, en lugar de sembrar cebada, sembraban hombres y mujeres; un rincón de pueblo, tan indiferente como el pueblo, tan yermo como el pueblo, tan callado como él, con tanto vacío como en él. Allí, por sentimiento que tuviesen, el entierro no era un duelo: era cambiar de casa; allí el adiós era corto, como si se hubiesen de encontrar al poco rato; allí no llevaban coronas; no sabían hacer coronas; la gloria no sabían lo que era, avezados no más á arrancar espinas de todos los campos por donde pasaban.

¡No buscáseis allí epitafios, poetas de la muerte, ni inscripciones, ni versos, ni poesía! ¡No habían dado en vida flores del espíritu, y no podían darlas al morir! Los campos les daban para vivir, y no

para morir; las tierras no enseñaban de inscripciones; nadie las dictaba, ni tenían tiempo para aprenderlas.

¿Cipreses? Ni uno; ni uno de esos tristes que se desploman con cuatro ramitas de musgo. ¿Flores? ¡Ni un modesto capullo, ni una de esas que viven del ambiente de la soledad, daban los huesos de aquellos pobres hombres! Trigo es lo que crecía siempre; siempre trigo, como si ellos fuesen semilla, espigas; como si les doliese que aquel terreno se desperdiciase; cuatro espigas que el sepulture-ro espigaba, cuidando bien de arrancar las amapolas.

¡Y eran buena simiente aquellos muertos! Habían sido hechos de granos de trigo; se habían pasado la vida granando como sus terrones! ¡Habían muerto como la hierba, sin sobresaltos, sin despedirse, sin mirar el pedazo recorrido, segados con la segur igualadora, y sembrados otra vez en aquel campo del cementerio! Si la tierra es fría, debía ser muy fría en aquel desierto cerrado; si los muertos ven con visión desconocida, ¡con qué ansia debían tornarse polvo, para dejarse llevar por el viento! ¡si añoran, que tristes debían vivir allí!

¡Pobres muertos! ¡Suerte tenían en que el alma no anidase en el camposanto, porque, si no, hasta el alma se les habría muerto de pena! Allí ni muerto se era; ni el cuerpo podía tener tiempo de quedarse un rato en la vida; ni el recuerdo de haber vivido se podía alargar un poco más á la vista

de los que vivían: todo se hundía de una vez; pero acaso valía más no durar, no se padecía tanto; y había que dar duración á lo que naciese de ellos. Este era su testamento. Dejar al alma que volase, que fuese allí donde tuviese que ir; pero el cuerpo, aquel cuerpo de penas, al menos que fructificase, que mantuviese aquella tierra, que no se perdiese para los que quedaban, que los hijos viviesen de los padres, pasando por la mies de los campos, y que todos trabajasen, con el sudor vivo y la sangre muerta, para hacerla granar cada día. Sí: todos la harían granar, así que viniese el dormir. ¡Todos los del pueblo darían grano, todos los mortales de aquel pueblo irían á dormir allí y á despertarse muriéndose!

Por ahora, en aquel pueblo todos los vivos dormían; dormían trabajando, dormían rezando, dormían viviendo, dormían llorando, dormían en el templo, dormían delante de Dios, dormían delante de los hombres, y uno mismo, medio adormilado, se decía: «¿Vale la pena de quererlos despertar? ¿Debe llamárseles para que despierten? ¿Debe removérseles el alma? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si vale más que duerman! ¡Quién sabe si tienen razón! ¡Quién sabe si existe una fuerza invisible que les da fuerza para no moverse! ¡Quien sabe si no vale la pena de levantarse en la mañana de la vida, para llegar tan pronto al anochecer! ¡Y quién sabe si todos dormimos más fuertes que ellos y nos costará más despertarnos!

¡Vaya usted á saber este misterio! Lo que sí es cierto es que de las casas de los vivos se alzaba como una nube de piedad que no tenía el cementerio; que los que corrían por sus campos, hasta cuando en primavera estaban floridos, inspiraban más lástima al recordar sus miserias que los que yacían numerados; que el pueblo de los vivos, gris y dormido en la llanura hacía pensar más en la muerte, en la muerte acompasada, en la muerte que va llegando, que los que ya estaban muertos para siempre.